

Carson McCullers

Reflejos en un ojo dorado



Tras el éxito obtenido con *El corazón es un cazador solitario* a la temprana edad de veintitrés años, Carson McCullers escandalizó a la opinión pública americana con *Reflejos en un ojo dorado*, abordando, en esta su segunda novela, temas como la homosexualidad, la infidelidad o la desolación en el contexto de una intachable institución del ejército americano durante la década de los treinta. Nadie ha dudado jamás, sin embargo, de que es una novela perfecta escrita en estado de gracia. En el ambiente enclaustrado de una base militar, un islote aparte en el mundo, un precipitado de tensiones internas desemboca en una muerte violenta. La prosa rabiosamente lúcida que recorre *Reflejos en un ojo dorado*, convierte esta novela brutal en mucho más que la historia de un crimen: es un microcosmos, el espejo de los fantasmas interiores que pueblan la mente de los personajes de Carson McCullers, y una de las más acabadas muestras del arte de esta escritora excepcional, que inspiró una ya clásica adaptación cinematográfica dirigida por John Huston, con Marlon Brando y Elizabeth Taylor en los papeles principales. Un título esencial de la narrativa norteamericana contemporánea.

Índice de contenido

Cubierta

Reflejos en un ojo dorado

I

II

III

IV

Sobre el autor

A Annemarie Clarac-Schwarzenbach.

I

Un puesto militar en tiempo de paz es un lugar monótono. Pueden ocurrir algunas cosas, pero se repiten una y otra vez. El mismo plano de un campamento contribuye a dar una impresión de monotonía. Cuarteles enormes de cemento, filas de casitas de los oficiales, cuidadas e idénticas, el gimnasio, la capilla, el campo de golf, las piscinas... todo está proyectado ciñéndose a un patrón más bien rígido. Pero quizá sean las causas principales del tedio de un puesto militar el aislamiento y un exceso de ocio y seguridad; ya que si un hombre entra en el ejército sólo se espera de él que siga los talones que le preceden.

Y a veces pasan también en una guarnición ciertas cosas que no deben volver a ocurrir. Hay en el Sur un fuerte donde, hace pocos años, se cometió un asesinato. Los participantes en esta tragedia fueron: dos oficiales, un soldado, dos mujeres, un filipino y un caballo.

El soldado de este lance se llama Ellgee Williams. Se le veía a menudo al caer la tarde, sentado, solo, en uno de los bancos que bordeaban el paseo con los cuarteles. Era un lugar agradable, con dos largas hileras de arcos jóvenes que cubrían el césped y el paseo de sombras frescas, delicadas, movidas por el viento.

En primavera, las hojas de los árboles eran de un verde luminoso que, al llegar los meses de calor, tomaban un matiz más oscuro, sosegado. Al final del otoño eran de un oro encendido. Allí solía sentarse el soldado Williams esperando la llamada al rancho de la tarde. Era un soldado

joven y silencioso, y en el cuartel no tenía amigos ni enemigos. A su cara redonda y curtida por el sol asomaba cierto aire de vigilante inocencia. Sus labios eran llenos y rojos, y los mechones de su pelo caían castaños y lacios sobre su frente. En sus ojos, que tenían una singular mezcla de tonos castaños y ambarinos, había una expresión muda que suele encontrarse en los ojos de los animales.

A primera vista, el soldado Williams parecía un tanto macizo y torpe; pero esta impresión era falsa: se movía con el silencio y la agilidad de una criatura salvaje o de un ladrón. Muchas veces, un soldado que creía estar solo se sobresaltaba al verle aparecer a su lado como si surgiera de la nada. Tenía manos pequeñas, de huesos delicados y muy fuertes.

El soldado Williams no fumaba, ni bebía, ni iba con mujeres, ni jugaba. En el cuartel acostumbraba estar solo, y los demás hombres le consideraban como algo misterioso. El soldado Williams pasaba la mayor parte de su tiempo libre en el bosque que rodeaba el campamento. La zona acotada, de quince millas cuadradas, era un terreno agreste, sin roturar. Había allí gigantescos pinos silvestres, muchas variedades de flores y hasta animales esquivos como ciervos, jabalíes y zorros. El soldado Williams no practicaba ninguno de los deportes que se ofrecían a la tropa, fuera de la equitación. Nadie le había visto nunca en el gimnasio ni en la piscina; tampoco le habían visto reír o enfadarse o sufrir de un modo o de otro. Hacía tres comidas sanas y abundantes al día y nunca se quejaba del rancho, como los otros soldados. Dormía en una sala donde había dos largas filas con unas tres docenas de catres. No era un dormitorio silencioso: por las noches, al apagarse las luces, se oían ronquidos, blasfemias y los gritos ahogados de las pesadillas. Pero el soldado Williams descansaba tranquilamente; tan sólo llegaba a veces de su catre el crujido furtivo de papeles de caramelos.

Cuando el soldado Williams llevaba dos años en el ejército fue enviado un día al alojamiento de cierto capitán Penderton. La cosa ocurrió así: durante los últimos seis meses el soldado Williams había estado destinado a las cuadras porque tenía muy buena mano para los caballos. El capitán Penderton telefoneó un día al brigada y por casualidad, ya que muchos caballos habían salido de maniobras y había poco trabajo en las cuadras, escogieron al soldado Williams para aquella faena. Era un trabajo sencillo: el capitán Penderton quería que talasen una parte pequeña del bosque detrás de su casa para dar fiestas al aire libre una vez se instalase una parrilla. Esta tarea vendría a ocupar toda la jornada.

El soldado Williams se puso al trabajo hacia las siete y media de la mañana. Era un día suave y soleado de octubre. El soldado sabía ya dónde vivía el capitán, porque había pasado muchas veces delante de su casa cuando iba a pasear al bosque. También conocía de vista al capitán; en realidad, una vez le había ofendido involuntariamente: hacía año y medio que el soldado Williams había servido unas semanas como ordenanza del teniente que estaba al mando de su compañía. Una tarde el teniente recibió la visita del capitán Penderton, y mientras les servía a la mesa, el soldado Williams había dejado caer una taza de café sobre los pantalones del capitán. Y además, ahora le veía con frecuencia en las cuadras, y tenía a su cargo el caballo de la mujer del capitán, un caballo entero, alazán, que era, con mucho, el caballo más hermoso del puesto.

El capitán vivía en el extremo del campamento. Su casa, un edificio revocado de dos pisos y ocho habitaciones, era idéntica a las otras casas de la calle, y sólo se distinguía por ser la última de la fila. Por dos de los lados, el jardín se unía al bosque del puesto. A la derecha, el capitán tenía como único vecino al comandante Morris Langdon. Las casas de esta calle daban sobre una pradera amplia y

llana, que hasta hacía poco tiempo había servido de campo de polo.

Cuando llegó el soldado Williams, el capitán salió para explicarle con detalle lo que quería que hiciera. Había que limpiar el terreno de carrascas y zarzas, y cortar de los árboles grandes las ramas que estuvieran a menos de seis pies de altura. El capitán señaló, como límite del terreno que había que despejar, un roble grande y viejo que estaba a unas veinte yardas de la casa. El capitán llevaba una sortija de oro en una de sus manos blancas y fofas. Aquella mañana iba vestido con *shorts* de color caqui, que le llegaban a las rodillas, calcetines altos de lana y chaqueta de ante. Su cara era afilada y tensa. Tenía el pelo negro y los ojos de un azul vidrioso. El capitán no mostró reconocer al soldado Williams y le dio las órdenes de un modo nervioso, puntilloso. Dijo al soldado Williams que quería que el trabajo estuviera terminado aquel día y que volvería a última hora de la tarde.

El soldado trabajó sin parar toda la mañana. A mediodía fue al comedor para el rancho y hacia las cuatro había terminado su faena. Incluso había hecho más de lo que el capitán ordenara. El roble grande que marcaba el límite tenía una forma poco corriente: las ramas del lado de la pradera eran bastante altas como para dejar paso, mientras que las del lado opuesto caían suavemente hasta el suelo. El soldado, con gran trabajo, había cortado aquellas ramas colgantes. Entonces, cuando terminó del todo, se apoyó en el tronco de un pino, esperando. Parecía estar en paz consigo mismo y muy satisfecho de poder esperar allí eternamente.

—Eh, ¿qué haces aquí? —le preguntó una voz de pronto.

El soldado había visto a la mujer del capitán salir de la puerta posterior de la casa y caminar hacia él a través de la pradera. La vio, pero la mujer no había penetrado en la oscura esfera de su conciencia hasta que le habló.

–Acabo de bajar a las cuadras –dijo la señora Penderton–. Han coceado a mi *Firebird*.

–Sí, señora –respondió el soldado vagamente. Esperó un momento para digerir el sentido de sus palabras.

–¿Cómo ha sido? –preguntó luego.

–Yo qué sé. Puede que haya sido una condenada mula o que lo hayan dejado entrar con las yeguas. Me sacó de quicio y pregunté por ti.

La mujer del capitán se echó en una hamaca que estaba colgada entre dos árboles al borde del prado. Incluso con la ropa que llevaba en aquel momento (botas, pantalones de montar sucios y muy gastados en las rodillas y un jersey gris) era una mujer hermosa. Su rostro tenía la incierta placidez de un rostro de Madona, y llevaba el pelo castaño y liso recogido en un moño sobre la nuca. Mientras estaba allí descansando salió la criada, una negra joven, llevando una bandeja con una botella de *whisky*, un vaso grande y agua. La señora Penderton no hacía remilgos al alcohol; se bebió dos vasos de *whisky* seguidos y luego un trago de agua fría. No volvió a hablar al soldado y él no le hizo más preguntas a propósito del caballo, ni pareció darse cuenta de la presencia de la mujer; estaba otra vez apoyado en su pino, mirando fijamente al espacio.

El último sol del otoño cubría con una neblina luminosa la hierba húmeda del prado y en el bosque se abría paso por los lugares donde la hojarasca ya no era tan densa y dibujaba violentas manchas de oro en el suelo.

Luego, de pronto, el sol se puso. El aire se estremeció, y empezó a soplar una brisa ligera y pura. Era la hora de la retreta. Llegó desde lejos el sonido de la corneta, aclarado por la distancia, y resonó en el bosque con un tono hueco, perdido. Pronto sería de noche.

En aquel momento volvió el capitán Penderton. Detuvo su coche delante de la casa, y cruzó inmediatamente la pradera para ver cómo había sido hecho el trabajo. Dio las

buenas tardes a su mujer y devolvió rápidamente el saludo del soldado, que ahora se erguía ante él sin demasiada atención. El capitán miró el terreno talado. De pronto chasqueó los dedos y sus labios se apretaron en una mueca de desprecio. Volvió hacia el soldado sus claros ojos azules, y dijo con mucha calma:

–Soldado, lo importante era precisamente el roble grande.

El soldado escuchó este comentario en silencio. No se alteró la expresión de su cara redonda y seria.

–Las instrucciones eran limpiar el terreno sólo hasta el roble –siguió diciendo el oficial, con voz más alta. Se dirigió envaradamente al árbol en cuestión y señaló las ramas cortadas–. La gracia estaba precisamente en estas ramas, que caían formando un fondo que aislaba el resto del bosque. Ahora está todo echado a perder. –La agitación del capitán parecía excesiva con relación al desaguizado. Allí de pie, solo en el bosque, resultaba un hombre pequeño.

–¿Qué quiere que haga, mi capitán? –preguntó el soldado tras una larga pausa.

La señora Penderton se echó a reír de pronto y bajó un pie para mecer la hamaca.

–Tu capitán quiere que recojas las ramas y las vuelvas a coser al árbol.

Su marido no estaba dispuesto a bromear.

–Venga aquí –ordenó al soldado–. Traiga hojas y extiéndalas por el suelo para cubrir las calvas de las matas arrancadas. Luego puede marcharse. –Dio una propina al soldado y entró en la casa.

EL soldado William volvió lentamente al bosque en penumbra para coger hojas secas. La mujer del capitán se mecía y parecía a punto de dormirse. El cielo se llenó de luz pálida, de un amarillo frío.

El capitán Penderton no se sentía a gusto aquella tarde. Al entrar en la casa fue directamente a su despacho; era éste un cuarto pequeño, destinado en un principio a solana, y que daba al comedor. El capitán se instaló en su mesa de trabajo y abrió un cuaderno grande; extendió un mapa ante sí y sacó de un cajón su regla de cálculo. A pesar de estos preparativos, no consiguió concentrarse en el trabajo. Se inclinó sobre la mesa con la cabeza entre las manos y los ojos cerrados.

Su inquietud se debía en parte a su disgusto con el soldado Williams. Se había irritado cuando vio que le enviaban precisamente a este soldado. Tal vez no había más de doce reclutas en el puesto cuyas caras fueran familiares al capitán, que miraba a todos los soldados con un aburrido menosprecio. Para él, los oficiales y los soldados podían tener el mismo origen biológico, pero eran de especies muy diferentes. El capitán se acordaba muy bien del incidente del café derramado, que le había costado un traje nuevo y caro; era una pesada seda china y la mancha no se había quitado nunca del todo. (El capitán iba siempre de uniforme cuando estaba fuera del puesto, pero en las reuniones sociales con otros oficiales vestía de paisano con afectado descuido y en realidad era un dandy).

Aparte de aquella ofensa, el soldado Williams se asociaba en la mente del capitán con las cuerdas y con el caballo de su mujer, *Firebird*, asociación molesta. Y ahora la pifia del roble venía a colmar la medida. Sentado a su mesa de trabajo, el capitán se permitió un breve y vengativo ensueño: imaginaba una fantástica situación en la que sorprendía al soldado faltando a alguna ordenanza, y él era el instrumento para someterle a un Consejo de Guerra. Esto le consoló un poco. Se sirvió una taza de té del termo que había en su mesa y se absorbió en otras preocupaciones.

El desasosiego del capitán tenía aquella tarde muchas causas. En algunos puntos, su personalidad no era una personalidad corriente. Estaba en una posición algo espe-

cial frente a los tres fundamentos de la existencia: la vida misma, el sexo y la muerte. Sexualmente, el capitán se hallaba en un punto de delicado equilibrio entre los elementos masculinos y femeninos, con las susceptibilidades de los dos sexos y ninguna de sus fuerzas activas. Para una persona que no le pide mucho a la vida, y que es capaz de concentrar sus pasiones dispersas y de entregarse a alguna obra impersonal, un arte o incluso alguna idea fija y limitada, como intentar la cuadratura del círculo, para una persona así, ese modo de ser es bastante soportable. El capitán tenía su trabajo y no le escatimaba esfuerzo; decían que se abría ante él una brillante carrera militar. Es posible que no hubiera sentido aquel fallo esencial, o aquella superfluidad, a no ser por su mujer. Pero con ella sufría. Tenía una triste tendencia a quedar fascinado por los amantes de su mujer.

En cuanto a los otros dos fundamentos de la existencia, su posición era bastante sencilla. En su oscilación entre los dos grandes instintos, entre la vida y la muerte, su balanza se inclinaba notablemente hacia un lado: hacia la muerte. Por eso el capitán era un cobarde.

El capitán Penderton era también algo así como un sabio. Durante sus jóvenes años de teniente, había tenido mucho tiempo para leer, ya que sus compañeros del pabellón de solteros procuraban evitar su cuarto o visitarle en parejas o en grupos. Tenía la cabeza llena de estadísticas y de datos de una exactitud pedante. Por ejemplo, podía describir con todo detalle el curioso aparato digestivo de un cangrejo o la biología de un trilobites. Hablaba y escribía con soltura tres idiomas, sabía algo de astronomía y había leído mucha poesía. Pero a pesar de sus muchos conocimientos sueltos, el capitán no había tenido en su vida una auténtica idea en la cabeza, por cuanto la formación de una idea requiere la fusión de dos o más datos conocidos, y los ánimos del capitán no llegaban a tanto.

Aquel atardecer, mientras estaba sentado solo en su despacho sin poder trabajar, no se puso a analizar sus sentimientos. Pensó de nuevo en el rostro del soldado Williams. Entonces recordó que sus vecinos los Langdon cenaban con ellos aquella noche. El comandante Morris Langdon era el amante de su mujer, pero el capitán no se paró a meditar sobre ello. En cambio, de pronto recordó una noche ya lejana, poco después de su boda. Aquella noche había sentido esta misma amarga inquietud y había podido desahogarse de una manera furiosa: fue con su coche a una ciudad cercana al puesto en el que estaba destinado entonces, estacionó su vehículo y caminó mucho tiempo por las calles. Era una noche del final de invierno. Durante aquel paseo sin rumbo, el capitán vio un gatito acurrucado en un portal; el animalito se había refugiado allí buscando calor y cuando el capitán se inclinó sobre él oyó que estaba ronroneando. Cogió al gatito y lo sintió vibrar en su mano. Estuvo un buen rato contemplando aquella carita suave y graciosa y acariciando la tibia piel del animal, que apenas había alcanzado la edad de poder abrir del todo sus claros ojos verdes. Por fin el capitán se llevó el gatito consigo, calle abajo. En la esquina había un buzón de correos, y, después de mirar rápidamente a su alrededor, el capitán abrió la fría ranura de las cartas y estrujó el gatito hasta hacerlo caer dentro del buzón. Después siguió su camino.

El capitán oyó un portazo en la entrada posterior y salió del despacho. En la cocina, su mujer estaba sentada sobre una mesa, mientras Susie, la criada negra, le quitaba las botas. La señora Penderton no era una sureña pura; había nacido y crecido en el ejército, y su padre, que un año antes de su retiro había alcanzado el grado de general de brigada, procedía de la costa del Oeste. Pero su madre había sido de Carolina del Sur, y la mujer del capitán era bastante meridional en sus costumbres. El fogón de su casa no tenía una costra de generaciones de porquería, co-

mo había tenido el de su abuela, pero tampoco se podía decir que estuviera limpio. La señora Penderton se aferraba también a muchas otras ideas del Sur, como creer que los pastelillos o el pan no se pueden comer si no se han amasado sobre una mesa de mármol. Por esta razón, una vez que destinaron al capitán al cuartel de Schofield, había cargado con la mesa en la que se sentaba ahora todo el camino hasta Hawai, y viceversa. Si la mujer del capitán se encontraba por casualidad un pelo negro y crespo en el plato, lo quitaba con su servilleta y seguía disfrutando de la comida sin pestañear.

—Susie —decía la señora Penderton en aquel momento—, ¿la gente tiene mollejas como los pollos?

El capitán estaba de pie en el umbral y ni su mujer ni la criada se dieron cuenta de su presencia. Cuando se libró de las botas, la señora Penderton correteó descalza por la cocina. Sacó del horno un jamón y lo cubrió con azúcar moreno y migas. Se sirvió otro *whisky*, esta vez sólo medio vaso, y en un repentino exceso de vigor inició un bailoteo desenfadado. Al capitán le irritaba su mujer enormemente, y ella lo sabía.

—Por el amor de Dios, Leonora, sube y cázate.

Por toda respuesta, la señora Penderton tarareó una cancioncilla atrevida y pasó al cuarto de estar. Su marido la siguió.

—Pareces una sucia, andando así por la casa.

En la chimenea había unos troncos y la señora Penderton se inclinó a encenderlos. Su rostro dulce y suave estaba arrebolado y le caían gotitas de sudor por el labio de arriba.

—Los Langdon llegarán de un momento a otro. ¿Es que vas a sentarte a cenar así?

—Claro —dijo ella—. ¿Y por qué no, viejo cocinero?

El capitán dijo en un tono frío, tenso:

—Me das asco.

La respuesta de la señora Penderton fue una carcajada a la vez suave y salvaje, como si le acabaran de contar un chiste escandaloso, largo tiempo esperado, o como si se le hubiera ocurrido alguna broma secreta. Se quitó el jersey, hizo una bola con él y lo arrojó a un rincón. Luego, con toda intención, fue desabrochándose el pantalón de montar y se lo quitó. En un momento se quedó desnuda junto a la chimenea. Su cuerpo resultaba magnífico frente al fulgor dorado y naranja del fuego. Sus hombros eran tan rectos, que las clavículas formaban una línea preciosa y pura. Entre sus pechos redondos había venas azules y delicadas. Pronto alcanzaría su cuerpo la plenitud de una rosa de sueltos pétalos, pero ahora la suave redondez estaba sujeta y disciplinada por el deporte. Aunque permanecía allí de pie muy quieta y plácidamente, había en todo su cuerpo una vibración sutil, como si al tocar su carne rubia se pudiera llegar a sentir el lento y vivo fluir de su sangre lozana.

Mientras el capitán la miraba con la atónita indignación de un hombre abofeteado, ella atravesó serenamente el vestíbulo dirigiéndose a la escalera. La puerta principal estaba abierta y de la oscuridad exterior sopló una ráfaga de viento que movió un mechón suelto de su pelo bronceado.

Estaba a mitad de la escalera cuando el capitán se recobró de la impresión. Entonces corrió temblando detrás de ella.

—¡Te mataré! —dijo con voz ahogada—. ¡Te mataré, te mataré!

Se agazapó con la mano en la barandilla y un pie en el segundo escalón, como si estuviera a punto de saltar sobre ella.

La mujer se volvió despacio y le miró con indiferencia desde lo alto durante un momento. Luego dijo:

—Escucha, ¿a ti no te ha acogotado nunca una mujer desnuda, ni te ha sacado a la calle a trompazos ni te ha